

# *Anecdotalario*

TARSICIO HERRERA ZAPIÉN

Una tarde de 1974, los miembros del Centro de Traductores de la UNAM, tuvimos el gusto de ver llegar a dos ilustres bibliófilos hispanos: don Agustín Millares Carlo y don Ignacio Mantecón.

Don Agustín era el centro de todas las atenciones. Venía a mostrarnos algo de su inmenso saber bibliográfico en torno al clasicismo.

Al día siguiente, me apresuré a obsequiarle mi reciente traducción de las *Epístolas* de Horacio, editadas por la UNAM. Se lo dediqué con este epígrafe:

D. D. AUGUSTINO MILLARES CARLO  
HUMANIORUM LITTERARUM  
EXPLORATORI. PRAECEPTORI.  
AMATORI PERSPICUO  
LIBELLUM HUNC  
INTERPRES PERLIBENTER DEDICAT

Cuando, un día después, le llevé mi flamante ejemplar del enciclopédico volumen: *Bibliografía mexicana del siglo XVI* por Joaquín García Icazbalceta. Nueva Edición por A. Millares C., el admirado maestro me lo dedicó en estos términos:

Para el doctor Tarsicio Herrera, con mis felicitaciones más cordiales por su bella versión española de las *Epístolas de Horacio*, y en testimonio de afecto y consideración. A.M.C. México, febrero 1974.

Al terminar la serie de conferencias que don Agustín nos *impartió*, Rafael Moreno lo invitó a festejar su ciclo con una comida en compañía de los inves-

tigadores fundadores del Centro: José Quiñones, Roberto Heredia, el hoy desaparecido Ignacio Osorio, y un servidor.

Ya don Agustín me conocía como traductor de Horacio. Así que, cuando se sirvió la comida en el distinguido restaurante del Club España de San Ángel, y me llevaron un platón de verduras y mariscos cuyo gran tamaño causó la hilaridad de todos, surgió el alegre comentario de don Agustín:

— ¡Vamos! Que le han servido a usted un platillo verdaderamente horaciano.

La plática siguió fluyendo jocosamente. Alguien le habló entonces del grado de popularidad que tenía su apellido entre universitarios. y él comentó:

— Sí. Hasta llegó a pasar que un alumno español me preguntó una vez: “Oiga. ¿Usted es ‘el Millares’?”, como si yo fuera mi propio libro de historia de la literatura latina.

Recuerdo con poca precisión que don Agustín refería que le acababan de adjudicar un gran premio de investigación bibliográfica. y comentaba con llaneza:

—Me bastó con enclaustrarme en mi biblioteca con una secretaria durante unas semanas, y de allí resultó un volumen considerable, que los jurados acabaron por premiar.

Luego, nos llamó la atención la amenidad con que el maestro refería sus experiencias como oyente de zarzuelas. Entonces le pregunté:

—Maestro: ¿Usted escucha la zarzuela como estudio profesional, o sólo como espectáculo?

—Nada. Por pura diversión —contestó feliz don Agustín.

Años después me llegó a referir la hoy día doctora en Letras Clásicas Concepción Abellán Giral:

—Si algo le hacía fruncir el ceño a mi tío Pedro Urbano González era saber que don Agustín traducía al latín hasta *La verbena de la paloma*, y la cantaba jocosamente en las reuniones, a la hora de los holgorios festivos.

Me imagino cantando una letra más o menos así:

Quonariz pergis in pallio ex Manilla?

Quonam pergis in veste sinensi?

Ea ad domum amici mei Petri.

Ex Gunzalvis ille unus est.

En la misma tarde de la comida en el Club España, de que arriba hablábamos, le obsequié al maestro Millares la *Revista de la Universidad de México* donde se publicaba mi artículo: “Tres poemas de amor de Neruda y su versión latina”.

Ante la proliferación de mis afanes latinizantes que yo le iba entregando, don Agustín decidió recompensarme con el regio obsequio de la carta en latín ciceroniano que acabo de incluir en mi libro inédito *El imperio novelístico romano*, que ustedes ya conocen. Claro que autorizo a usted a reproducir la carta del maestro Millares y mi traducción.

Por cierto que esa carta me la dejó don Agustín en nuestro Centro cuando yo estaba ausente, y ya no pude agradecerse la y despedirme de él.

Así era don Agustín. Se le apreciaba como catedrático, pero aún más como suscitador de vocaciones hacia el humanismo por sus iniciativas, siempre creadoras, ya fueran culturales o recreativas.

Tales son mis recuerdos de don Agustín.

#### POSDATA

En homenaje a Millares Carlo, añado una curiosidad latinizante.

He ido traduciendo en un latín rítmico y rimado, una docena de villancicos navideños de diversos países, con el mismo afán del maestro Millares, de poner las alegrías duraderas en la lengua perdurable por excelencia.

Refiero ahora a usted que siempre he sospechado que el villancico “Los peces en el río” no haya nacido como canto navideño, sino como canción de unos bebedores que “beben y beben”.

Por mi parte, yo le he dado un giro más navideño a la letra, y la he dado a cantar a mis alumnos universitarios en estas estrofas latinas más:

Inter caelos, sicut turba, / Videntur angeli.  
 Omnes revocant in Betlehem, / Fontem gaudii.  
 Cantant et cantant / et adhuc cantilant  
 Deum natum dum exaltant / Jubilos nobis dant.

Mi redacción castellana dice:

En el cielo por bandadas / los ángeles se ven.  
 Vana todos invitando / a correr hacia Belén.  
 Cantan y cantan / y vuelven a cantar .  
 y al Pequeño en tanto exaltan, / gran júbilo nos dan.

Tengo una anécdota en torno al villancico yanqui *Jingle bells*. Ya la referiré en otra ocasión.

Ahora bien, si por azares del destino llegara yo a ser llamado a Las Palmas, prometo llevarles a ustedes mis latinizaciones rítmicas de todos los villancicos

internacionales que tengo vertidos. Dado que soy tan entusiasta melómano como don Agustín, y además soy músico “de tecla”, puedo escribir también la partitura melódica.

Además de los dos cantos citados, he latinizado: “Los pastores a Belén”, “Veinticinco de diciembre”, “Noche de paz”, “Blanca navidad”, “Joy to the world”, “El himno a la alegría”, “Por el valle de rosas” (que Plácido Domingo acaba de grabar en Viena en 1999), y algunos otros.

Deséeme usted suerte en el Premio A. Millares Carlo de este bienio y disponga de las páginas que le gusten de estas evocaciones del maestro.

Reciba usted un cordial saludo de su servidor